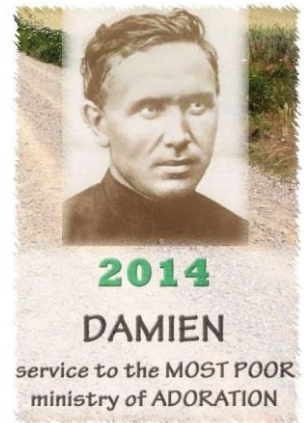


No soy digno

Javier Álvarez-Ossorio ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 86 – 4 de diciembre 2014



Damián en Kalawao
Foto de Eduard Arning
1884

**Rece y haga rezar por mí,
para que el Buen Dios se
digne confirmarme en
gracia, como en otro tiempo
lo estuvieron los apóstoles.
¡Ah!, yo que soy un pobre
pecador.**

San Damián de Molokai SSCC
Carta al P. Janvier Weiler, Secretario General
30 de diciembre de 1886

Javier Álvarez-Ossorio ssc
Superior General

Los santos

Hacia el final de su vida, Damián sufrió interiormente con problemas de conciencia. El doctor Arturo Mouritz, que estuvo con Damián hasta comienzos de 1888, detectaba en él "señales inequívocas de profunda tristeza y angustia". Según este doctor, Damián sufría de una especie de "melancolía religiosa que, por extraño que parezca, le perturbaba a veces: la decepción de ser indigno del cielo".

Enfermo, dolido por las críticas crueles de sus superiores, sin un compañero sacerdote durante meses, consciente de la cercanía de la muerte, Damián se ve pecador, inútil, indigno. Aunque sufriera síntomas depresivos, sabemos que Damián no cedió a la tentación de los escrúpulos ni a la de la desesperación. Al contrario, su confianza en Dios se mantuvo hasta el final, así como esa extraña felicidad con que fue bendecido hasta su muerte. Pero esa creciente conciencia de ser indigno y pecador es una característica que Damián comparte con muchas personas que se adentran en el camino de la santidad. Mientras más cerca de Dios, mayor reconocimiento del propio pecado.

La beata Teresa de Calcuta, también entregada a los más pobres por un amor apasionado a Jesús, cargó en su interior durante muchos años con el secreto de una oscuridad indescriptible: el dolor de sentirse no-amada y no-querida (*unloved and unwanted*) por Jesús, de no merecer su amor. "Siento en mi alma el terrible dolor de la pérdida, de que Dios no me quiera" (carta a Jesús, 3 de septiembre 1959).

Estos sentimientos de indignidad recuerdan la reacción del centurión de Cafarnaúm, que dice a Jesús: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo..." (Mt 8,8). O la de Pedro, echándose a los pies de Jesús: "Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador" (Lc 5,8).

Humildad

Estremece constatar la humildad de los santos. Se diría que el amor de Dios, a medida que los va transformando a su imagen, les abre los ojos a la verdad. Y la verdad es que somos pecadores, pobres y pequeños ante Dios. No hay motivo por el que engreírse. Por muchas cosas que hagamos, nada alcanza a justificar nuestras vidas. Todo es siempre tan poco, tan ambiguo, tan relativo, tan enredado con nuestro egoísmo...

Damián habría tenido buenos argumentos para sentirse injustamente juzgado por sus detractores (entre ellos algunos superiores). Podría haber asumido el papel de víctima, de agraviado, y colocarse como el "bueno de la película" frente a los malos que le atacaban. La excelencia de su trabajo por los más abandonados le habría dado armas poderosas para salir victorioso en el debate público.

Sin embargo, Damián escogió el camino de la mansedumbre y de la paciencia. No se erigió en juez de su propia causa. Volvió su mirada crítica hacia sí mismo, y no hacia quienes le acusaban. Hizo realmente suyas las palabras que pronunciamos cada día en la Eucaristía: al comienzo, cuando pedimos perdón ("Señor, ten piedad"); y hacia el final, cuando nos preparamos a la comunión ("Señor, no soy digno...").

En esto consiste caminar en la verdad. El amigo de Dios, al colocarse ante Él, deja de lado las máscaras con que solemos disfrazarnos. La verdad de lo que somos es nuestra pequeñez e indignidad. Solo Dios salva con su amor misericordioso.

¿Herejía cultural?

Esta humildad del santo, que reconoce su indignidad ante Dios y que estima a los otros más que a sí mismo (Rm 12,9), puede parecer una bobada según nuestros parámetros culturales actuales.

Una cierta psicología considera enfermizo todo aquello que daña la autoestima, que culpabiliza a la persona, que le impide afirmarse y auto-realizarse. Parece más sano tener siempre una percepción positiva de uno mismo. Se busca una felicidad personal que exalta el bienestar emocional del individuo. Cada uno debe estar orgulloso de lo que es y de lo que hace. Si los demás no respetan mi camino de realización personal, tengo derecho a considerarme víctima y a defenderme. En caso de quiebre interior, es necesario alejarse de aquello que hace sufrir y seguir la terapia correspondiente que restituya el equilibrio deseado.

Para una visión así, la humildad de Damián o de madre Teresa constituye una especie de herejía cultural, algo que debe ser "sanado" y corregido.

Hay que reconocer todo lo bueno que aportan estas psicologías, que advierten de los efectos perversos de una mentalidad neurótica. Considero, sin embargo, que la "indignidad" del santo es lo que de verdad nos sitúa adecuadamente frente a la realidad de las cosas. Es ésta una sabiduría escondida, accesible solo a través de una profunda -y a menudo dolorosa- conversión.

El santo comprende que todos somos creaturas, pequeños, pecadores, de miras estrechas. Siempre. No podemos pretender poseer la perspectiva necesaria para comprender todo. Nadie puede arrogarse el título de "bueno" (Lc 18,19). Solo Dios es Santo. Solo Dios puede juzgar. Solo Jesús es "digno de tomar el libro y de abrir sus sellos" (Ap 5,9). El publicano, que ni se atreve a levantar los ojos al cielo y se sabe pecador, es justificado. El fariseo, que confía en sí mismo por considerarse justo y desprecia a los demás, no. (Lc 18,9-14)

Liberación

¡Qué consuelo tan grande! ¡Qué alegría poder decir todos los días: "Señor, no soy digno...!"

La vida en comunidad se hace más llevadera. Si no somos buenos, todo es más fácil. Los otros se vuelven más amables. Alcanzamos a perdonarnos unos a otros y no llevamos cuentas del mal. Ya no tengo por qué sentirme herido o agraviado. No soy mejor que los demás. Todos somos hermanos en el pecado y en la misericordia. Pecadores perdonados.

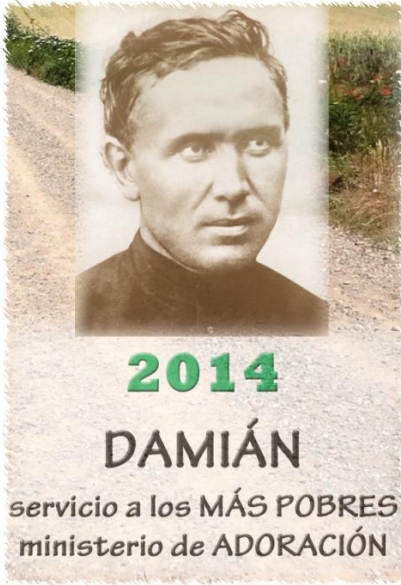
Ya no tenemos que vivir con la tensión de juzgarnos unos a otros; ni hay que estar atentos a cazar los defectos de los demás, ni a compararnos. Dejamos de un lado el placer escondido que hay en acusar a los otros; un placer que secretamente nos justifica y nos hacer sentirnos buenos. Dejamos que Dios sea el único juez. Se despierta la bondad de corazón en nuestra mirada. Así se construye la fraternidad.

¡Qué liberación y qué consuelo para esos hermanos mayores que se sienten inútiles porque las fuerzas les faltan! No hay de qué asustarse si nos toca vivir una época de la vida más pasiva, haciendo menos cosas. Tampoco hay que espantarse al darnos cuenta de que no somos ni hemos sido tan buenos como pensábamos, o si nos sentimos avergonzados de haber cantado a menudo nuestras propias alabanzas, cuando en realidad sabemos que solo somos pobres hombres contradictorios. ¡Qué consuelo saber que así es como somos y que no cae sobre nuestros hombros el peso de hacer valiosa nuestra existencia! De eso se encarga Dios. Solo Dios salva. Feliz culpa, feliz pecado, feliz indignidad, que nos hacen receptores del amor misericordioso de Dios.

Gracias, Damián, por haberte sabido pecador e indigno hasta el final. Tu ejemplo nos ayuda a curar nuestro falso orgullo. Tu fe nos hace comprender que la salvación no llega con nosotros, sino que solo llega con Jesús. Con Él triunfa la misericordia.

Venga tu Reino. ¡Ven, Señor Jesús!





Acaba el año 2014; acaba este año dedicado a Damían. Junto con **Damián**, hemos recordado nuestro ministerio de adoración y la llamada a servir a los más pobres. La fuerza de Damían surge de su fe en Jesús, que le hace caminar en humildad, en libertad y en entrega a los demás. Nosotros podemos acabar el año, en este tiempo de Adviento, evaluando nuestras vidas a la luz de la fe y de las obras de Damían, y pidiendo el don de la conversión.

El año 2015 estará dedicado a nuestro hermano **Eustaquio**. Con él, trataremos de profundizar en el ministerio de sanación y de reconciliación, a la luz del misterio de la Redención. De eso hablará la carta de INFO del mes de enero próximo. Hasta entonces, que tengáis un buen Adviento y una feliz y santa celebración de la Navidad.

